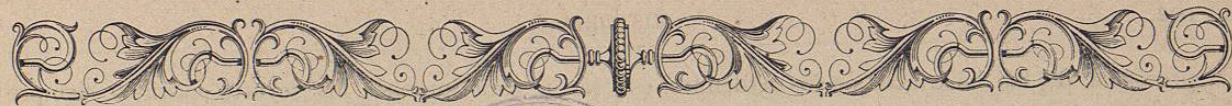


en su memoria y continuaba avanzando, sin dejarse turbar por el creciente ruido de la revolución francesa.

El rey de Prusia cuanto más se daba cuenta de las determinaciones tomadas en Reichenbach, más

sentía su amargura. Mientras que, de un lado, oía que le acusaban de traidor en Hungría, Bélgica y Lieja, del otro, se veía despreciado en Polonia, y completamente engañado en la confianza que había puesto en Austria.



CAPITULO IX

ADOPCIÓN DE LA CONSTITUCIÓN FRANCESA DE 1789

Situación política de Francia.—Carácter de su agitación con motivo de la entrada de los austriacos.—Estado del ejército.—La Asamblea nacional y el ejército.—Cómo se fomenta la indisciplina.—Acertados acuerdos de la Asamblea, 19 y 23 de Julio.—Sucesos de Nancy.—Reclaman los soldados que se les ajusten las cuentas.—Actitud de los oficiales.—Mandan dar baquetas á los comisionados del regimiento suizo.—Irritación general.—Los soldados en la calle.—Humillación y castigo de los oficiales.—Terror de Lafayette.—Su origen.—Cómo procuró la pacificación.—Decreto de la Asamblea de 16 de Agosto de 1790.—Restablécese el orden.—Imprudencias del general Malseigne.—Renévese el tumulto.—Cómo se apoderaron los soldados del general.—Significación de su entrega.—Marat.—Encárgase á Bouillé la pacificación de Nancy.—Prudente actitud de Bouillé.—Se deciden por la resistencia los exaltados.—Bouillé ataca á Nancy.—Heroísmo de Desilles.—Jornada del 31 de Agosto.—Severidad de la represión.—La reacción en Nancy.—Actitud de la Asamblea.—Imprudencias.—Verdadero carácter de la Revolución francesa.—La revolución social.—Los socialistas y comunistas de la revolución.—Sus teorías.—Resistencias de la Asamblea.—Sus causas.—Situación financiera.—El déficit.—Cómo acabó la popularidad de Necker.—Lucha entre Necker y Mirabeau.—Nueva emisión de asignados.—Profecías de Necker.—Se retira del gobierno.—10 de Setiembre de 1790.—Triunfo de Mirabeau.—Robespierre y Marat y la liquidación del antiguo régimen.—Error de los revolucionarios y sus consecuencias.—El presupuesto de la revolución: sus ocultaciones.—Nuevo sistema económico.—Cómo va democratizándose la revolución.—Los impuestos.—La contribución de consumos.—Opinión de Sybel sobre á quien insume la responsabilidad de la situación.—Complacencias de la Asamblea con los reyes.—Maria Antonieta.—Famoso dicho de Mirabeau.—Luís XVI como va apocándose.—Sentimientos religiosos de los reyes: cómo van exagerándose.—El juramento del clero.—Doble de Mirabeau: aconseja los temperamentos enérgicos: á que fin.—Montmorin y Mirabeau.—La reacción liberal y la reacción de la corte.—Conspiración de los reyes.—Actitud de Maria Antonieta.—La reina contra los emigrados.—Sus planes para huir de París.—Presenten los patriotas los planes de la corte.—Loustalot, Desmoulin y Marat.—Cómo murió Loustalot.—La coalición europea como iba formándose.—Burke, Calonne y Mounier.—Los clubs de París.—Formalizan su organización.—Los Jacobinos.—El club del 89.—El círculo social.—Los Cordeliers.—La prensa republicana.—Las mujeres en los clubs: Theroigne de Mericourt.—Los clubs monárquicos.—Disuélvelos la municipalidad.—Quienes eran los que en 1790 protestaban de que se exigiera al clero el juramento cívico.—Opónense al mismo Robespierre, Desmoulin y Marat.—El 23 de Diciembre de 1790: Camus.—Cómo también Luís XVI sancionó el juramento del clero por la fuerza.—El juramento del Rey y el de Desmoulin.—Matrimonio de Desmoulin.—Los testigos.



OMO hubo de calmarse la agitación producida por la entrada en Francia de los austriacos del general Bander, se explica recordando la actitud de los partidos, como resulta de la reseña de Sybel. Desde el momento que los patriotas franceses no querían por motivos políticos

guerra alguna, y de un lado rompían el pacto de familia y del otro abandonaban la Bélgica á los austriacos, todo lo que no fuera una política platónica, una política de simpatías les estaba prohibido, y no es posible dudar por lo que ya sabemos, que lo que hubo de alarmar más á los patriotas al saber

la presencia de los austriacos en los Ardenes, es que esto pudiera hacerlo el rey, ó el gobierno á espaldas del Parlamento, pues, si esto era posible no hay duda que un día podía París de buenas á primeras encontrarse encerrado por un cordón de tropas imperiales, que hubieran encontrado tanto más abierto el campo cuanto más hubiesen osado, pues difícilmente los guardias nacionales les hubieran podido contener, y por lo que es del ejército, precisamente el de las fronteras del Este, por lo mismo que tenían un jefe enérgico y poco afecto á la revolución eran de las más trabajadas.

Ya hemos hablado del estado del ejército y de las causas de su indisciplina. Los soldados adictos en masa á la causa revolucionaria, no podían sufrir á sus aristocráticos oficiales, y estos que lo sabían, cuando podían, con sólo pecar de rigurosos aplicar toda la severidad del código penal militar no dejaban nunca de hacerlo.

Había por otra parte, la Asamblea nacional exaltado fuera de medida el respeto y derechos del soldado; la situación de un ciudadano en las filas tendrá siempre algo que le sujetará á reglamentos que estarán en poca armonía con el espíritu de las leyes políticas. En la milicia la obediencia absoluta se exigirá siempre con toda clase de rigores, y en la sociedad política esa obediencia será siempre discutida, sin peligro del orden ni de la ley, lo que no sucederá en el primer caso nunca.

Cuando la Asamblea declaraba en sus sesiones de los días 19 y 23 de Julio que el ejército estaba *esencialmente* dedicado á la defensa de la patria, cuando de una manera más ó menos positiva se decía que no se le podía emplear en las luchas civiles, y cuando á todo esto se unía la abolición de la compra de grados, el voto anual del presupuesto de la guerra por la Asamblea, el no poderse arrancar á militar alguno su grado sino por consejo de guerra y por faltas que impongan aquel castigo y se declaraba necesaria é inmediata la necesidad de aumentar la paga de los soldados, se comprende que todo lo que fuera recordar la antigua y severa disciplina militar, aquella severa disciplina que tanto contribuyó á separar el ejército del antiguo régimen; la disciplina basada en los castigos corporales, era expuesta á los más graves disgustos, como así sucedió en Nancy.

Tenía Nancy de guarnición al regimiento del Rey que gozaba de multitud de inmunidades, de modo que eran una especie de guardias francesas. Adictos sus soldados á la causa revolucionaria, apenas si pasaban días, sin que un oficial ordenancista tuviera

razón para imponer los severos castigos, siempre con arreglo á la ordenanza. Había además en Nancy de guarnición el regimiento de Chateaufieux de que ya hemos hablado, compuesto en su totalidad de suizos de lengua francesa, y estos siguiendo el ejemplo de los soldados del regimiento del Rey, pidieron cuentas á sus oficiales. Estos por toda contestación mandaron dar á los dos embajadores de la tropa una carrera de baquetas ó de correas.

Esto como se comprende produjo en los cuarteles lo mismo que en la ciudad un disgusto y una irritación grandísima, y los más apasionados propósitos eran los más escuchados. Por fin, salieron tumultuosamente á la calle los soldados del Rey y los de un regimiento de caballería que estaba igualmente de guarnición en la plaza y presentándose al cuartel de Chateaufieux, no sólo puso en libertad á los soldados presos y los paseó en triunfo la soldadesca por la ciudad, sino que impuso é hizo pagar á la oficialidad á cada uno de los soldados maltratados 100 luises de indemnización.

Cuando la noticia de lo ocurrido en Nancy llegó á París, Lafayette fué el primero en declarar perdida la disciplina y reclamar una represión severa, y esto se comprende, no sólo porque era necesario disciplinar el ejército, sino por lo mismo que Lafayette creía necesario un ejército para sus empresas exteriores, pues, aún cuando estas fueran por lo pronto irrealizables, las circunstancias que las hicieran posibles existían y de un momento á otro podían reproducirse con iguales exigencias. Así á su instancia sus amigos, hicieron votar por la Asamblea un decreto, declarando criminales de lesa nación á los soldados que no manifestaran á sus jefes por escrito su arrepentimiento, —16 de Agosto de 1790.—La guardia nacional de Nancy intervino, y los soldados firmaron, pero á la vez se dirigieron respetuosamente á la Asamblea pidiendo que se arreglasen sus cuentas, lo que les era consentido por la Asamblea, conforme un decreto suyo del 6 de Agosto.

Habiase, pues, á poca costa restablecido el orden y la calma en Nancy, cuando llegó á esta ciudad el general Malseigne encargado de dicha liquidación. Era Malseigne un bravo militar, enérgico, capaz, pero duro, así que logró á poca costa exasperar á los suizos con su lenguaje, viéndose por fin obligado á escapar de ellos espada en mano, pues logró apurar la paciencia de aquellas tropas. Esta actitud del general encargado de hacer justicia á sus reclamaciones, dió cuerpo al rumor de que se acercaba Bouillé al frente de la guarnición vecina de Metz, y

así, creyéndose que habían sido todos víctimas de un engaño, la guarnición entera de Nancy salió á la calle, dándole apenas tiempo á Malseigne para escapar á Luneville perseguido por los de la caballería, y mal lo hubiera pasado si un regimiento de carabineros no hubiese cargado á los de Nancy obligándoles á retroceder, pero estos mismos carabineros, sabedores de que perseguían al general por que este debía intentar la contrarrevolución al frente de los austriacos al día siguiente, lo presentaron á los de Nancy que ya habían puesto preso al comandante general de la plaza, pero á condición de que no se le hiciera daño hasta tanto que la Asamblea hubiese decretado sobre su suerte. Tal era el estado del ejército, y tal la intranquilidad de los ánimos, que el menor rumor, por absurdo que fuera tomaba las proporciones de un hecho real realizado. Ahora se comprenderá á cuanto no dió que hablar la entrada de los austriacos, y el inmenso éxito ó influencia del folleto de Marat con tal motivo publicado, folleto cuyo sólo título *¡C'en est fait de nous!* —como si dijéramos,—«estamos perdidos;» era ya una terrible provocación, y en el que pedía la prisión del rey para que no escapara, la de la *Austriaca*, la del conde de Provenza, la de los ministros, la de la municipalidad y la de Lafayette, y en fin, 500 ó 600 cabezas que por lo pronto le parecían necesarias á la seguridad de la revolución. Más adelante había de pedir hasta 300.000.

La rebelión de Nancy ya no podía terminarse sin sangre, y de sofocarla dió orden la Asamblea á quien correspondía, esto es, á Bouillé pariente de Lafayette y en la que éste puso su empeño, creyendo poder ganarlo con esta muestra de confianza y de estima á la causa de la revolución. Lafayette cometió la imprudencia de llamar á los guardias nacionales de Lorena para que apoyasen al general de Bouillé, pero sólo acudieron insignificantes destacamentos. Los guardias de Nancy habían acordado por su parte sostener á los soldados amotinados.

Presentóse Bouillé á las puertas de la ciudad acompañado de sus regimientos alemanes y suizos y de los dichos destacamentos de guardias nacionales; pero en suma sólo llevando 3.000 infantes y 1.400 caballos, fuerza insuficiente para entrar de viva fuerza en la ciudad; pero como la rebelión no tenía bandera que defender y Bouillé sólo pedía que la guarnición saliera llevando á su cabeza Malseigne y al comandante de la plaza, y que además se le entregaran cuatro hombres por regimiento con promesa de enviarles á la Asamblea para que estatrase

sobre su suerte, las tropas francesas y aún buena parte de los suizos cedieron y salieron, pero los más exaltados con las cabezas calientes de la guardia nacional negáronse á hacerlo, y Bouillé mandó atacar la puerta de Stainville, en donde aquellos se habían hecho fuertes con algunas piezas de artillería. Iban á hacer fuego, cuando Desilles, oficial del regimiento del Rey, se arrojó sobre la boca del cañón para impedirlo, y no se le arrancó de la pieza sino acribillado de mortales heridas, inútil heroísmo y abnegación, pues el cañonazo partió, el fuego se hizo general, y las tropas de Bouillé entraron baténdose. El resultado de la jornada del 31 de Agosto fué que se contaran algunos centenares de muertos, que los oficiales de Chateaufieux que tenían por el bárbaro código militar de aquellos tiempos derecho de vida y muerte sobre sus soldados, ahorcaron á 21 de estos, condenaron á 64 á galeras, y á otro á sufrir el horrible suplicio de la rueda, en cuyos terribles momentos se le oyó gritar: «¡Muero inocente! ¡Bouillé es un traidor! ¡Viva la nación!» Así se moría ya por las nuevas ideas.

Pero la reacción, considerándose ya triunfante, se descaró en Nancy, y como la municipalidad de esta ciudad era aristocrática, creyó llegado el momento de las venganzas, y al efecto organizó un verdadero terror contra los patriotas, que más de una vez viéronse acuchillados en las calles de Nancy.

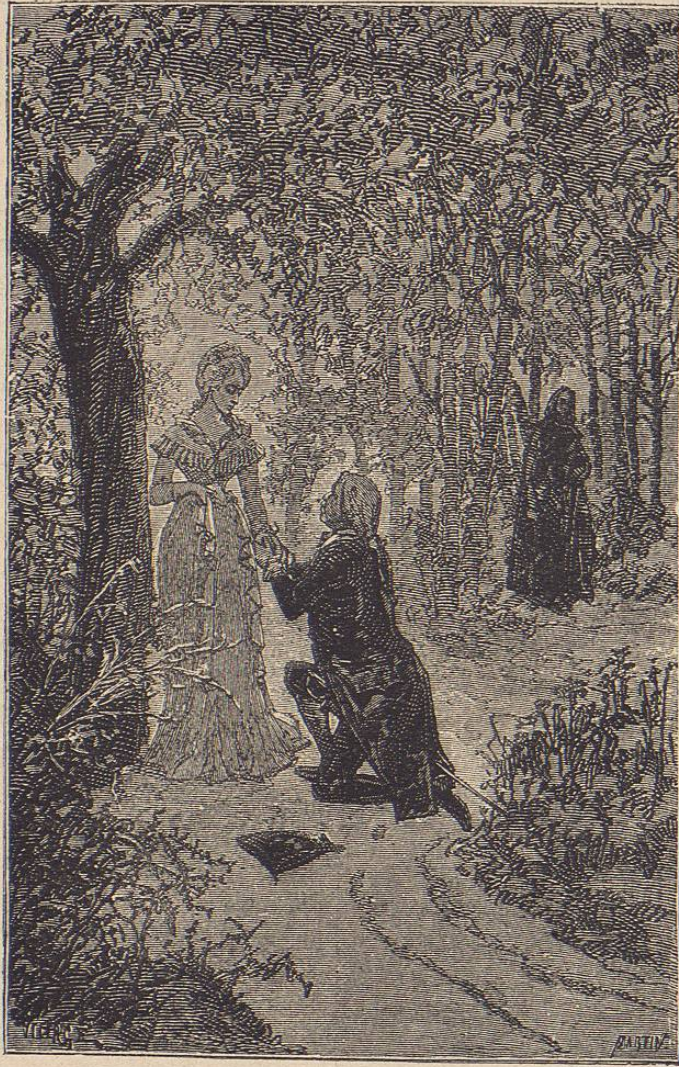
La Asamblea, cegada ya por los acontecimientos, no sólo dió solemnes gracias á Bouillé, sino que mandó celebrar en el campo de la federación solemnes exequias para las almas de los soldados y guardias nacionales de Bouillé, y esto cuando el pueblo de París se disponía á levantarse en masa para pedir que se decretará de acusación á los ministros por haber hecho la «contrarrevolución.»

Si por un momento se fija la atención en lo que constituye el fondo ó el motivo de la insubordinación de la tropa, y se recuerda lo que hemos dicho sobre el miserable estado de la población rural de Francia, se verá claro lo que el mismo Luis Blanch, con ser socialista dejó en la oscuridad, á saber, el carácter verdadero de la revolución francesa.

Hemos procurado hasta aquí poner de relieve como en la revolución francesa, la necesidad de una revolución social impulsó la revolución política que había de darle satisfacción, pues dicho se está que mientras los antiguos organismos permanecieron en pie, la reforma social no era posible, por esto al grito de abajo el feudalismo se une el de viva la libertad. Lo que era el feudalismo ya lo hemos dicho, y la reforma social producida por el triunfo de

la libertad hemos tenido ocasión de tocarla, pero tan grande renovación no podía dejar de traer tras sí el indispensable cortejo de exageraciones que el entusiasmo y el ardor de la lucha hacen inevitables. ¿Cómo esperar que en los días en que el mundo iba á transformarse en imagen de la revolución france-

sa, ésta no fuera más ó menos víctima de los espíritus generosos que separando la revolución social de la política, creyeran que aquélla lo era todo, y que de por sí contenía fuerzas y energías bastantes para crear un nuevo sistema político, sin antecedentes, sin historia? No; en esos tiempos que nos ocu-



Entrevista de María Antonieta con Mirabeau en el parque de Saint-Cloud

pan hubo sus socialistas, sus comunistas; y todo lo que el siglo XIX y nuestros tiempos han visto, tiene sus primogénitos en las escuelas socialistas de los días de la revolución, hasta hubo sus insurrecciones, sus huelgas de obreros, en una palabra, todo lo que constituye el movimiento social coetáneo, pero desgraciadamente informado en la idea de que si lo que se había derribado había servido para hacer ricos á los señores, ahora se debía buscar como por el mismo medio ó por otro se llegaba á hacer ricos á los pobres.

La Asamblea nacional, á pesar de las excitaciones de la extrema izquierda supo contenerse dentro de los límites de su programa: Libertad de trabajo y propiedad individual. Sólo el tiempo puede dar soluciones á las competencias entre el trabajo y el capital, entre la propiedad individual y la universalidad de la propiedad agrícola. En su lugar indicaremos las soluciones propuestas y los ejemplos vivos que de ellas ofrece Europa.

Difícil, por otra parte, había de serle á la Asamblea nacional entregarse al estudio de cuestiones tan

espinosas, cuando no sabía cómo asegurar la vida de la nación. El primer año de la revolución cerraba con un déficit de 117 millones, y los últimos meses de 1790 cerraron cada uno con un déficit de 30 millones. De los asignados no existía en cartera ni uno solo en Agosto; Necker no sabía ya qué hacer, y la imposibilidad de encontrar dinero, junto con los sucesos de Nancy, remataron su popularidad, ya tan quebrantada en todos los círculos políticos en donde poco á poco se había ido robuste-

ciendo la idea de que Necker no era una fuerza política.

Mirabeau, el creador del papel moneda, vió desde luégo inminente la caída de Necker, y la posibilidad de hacer llegar sus amigos al gobierno, pero era necesario dar á éstos recursos y Mirabeau no los vió sino en una segunda emisión de asignados. Esto como se ve, equivalía á lo que hasta aquí había hecho Necker; éste se buscaba dinero por medio de empréstitos directos, Mirabeau por medio de em-



EL CONDE DE LA MARK

préstitos indirectos. Sobre esto escribió precisamente Mirabeau á la reina, diciéndole que era un remedio desesperado pero que no había otro, pues claro está que á un hombre tan experimentado como Mirabeau no se le ocultaba el efecto que había de producir en el mercado una nueva emisión de asignados, pero si esto no se hacía, era declarar la bancarrota del Estado, y juntar á la guerra civil la guerra social, y si de la primera se puede esperar siempre algo bueno en último resultado, de las guerras sociales no quedan más que estragos sociales y ruínas.

Necker pudo fácilmente al retirarse—10 de Setiembre de 1790,—predecir las funestas consecuencias de la nueva emisión que la Asamblea nacional fijó en 800 millones declarando que se les destinaba á extinguir la deuda y prohibiendo que nunca jamás pudiera haber papel en circulación de tal clase por más de 1.200 millones, pero lo que no

pudo decir Necker al marcharse para siempre á su casa, era, qué otro remedio había para hacer frente á la situación. Claro está que la salvación no podía venir sino de una transformación completa y radical del sistema económico de Francia, y la necesidad de esta transformación se ponía á más tardar en el 1.º de Enero de 1791.

Mirabeau triunfó como hemos dicho. El 29 de Setiembre 518 votos contra 423 decretaron la emisión de 800 millones de asignados con la garantía de los bienes de la corona y del clero, con la garantía de los *Bienes nacionales*, que, ciertamente, valían cuatro veces más, pero el temor venía de la posibilidad de que el gobierno presente ú otro se dejase arrastrar por la facilidad del medio que tenía á sus manos para hacer dinero, y que no se fueran acumulando las emisiones hasta destruir completamente el crédito público.

En verdad los que debían ser víctimas de los